

Crítica literaria y filosofía en Jorge Luis Borges

En tres ocasiones tuvo que someterse Borges a esta «era bajamente romántica»: entre 1936 y 1939 como colaborador de una revista para amas de casa, *El Hogar*, en 1946 como inspector de aves y conejos en un mercado de Buenos Aires, y póstumamente en 1986 en el prólogo con calor hogareño («Emir intertextual») que antecede la publicación de las colaboraciones en la doméstica revista. *Textos cautivos* es el título que dieron a la recopilación Enrique Sacerio-Garí y Emir Rodríguez Monegal y que apareció en una colección de la Editorial Tusquets significativa y ambiguamente llamada «Marginales 92». ¿Son marginales los textos o es marginal el autor o es marginal la revista o es marginal, al cabo, el talante doméstico de la entrañable «intertextualidad»? Los textos son marginales en un sentido completamente opuesto al que da en la sobrecubierta la curiosa interpretación del curioso título. «Estos *Textos cautivos*», dictaminan la recomendación de comprarlos, son «primer vislumbre de un «Borges secreto», a través del cual su voz todavía nos ha de sorprender». No es un «Borges secreto», sino sencillamente un Borges hasta entonces olvidado o desconocido el que desenterraron los cordiales intertextuales, y si se supone que ese tono de su voz «todavía ha de sorprender», no cabe duda alguna de que eso se debe, muy probablemente, a que el espíritu trinitario que irradió ese secreto publicitario, enceguecido por los secretos de la entrañable intertextualidad, no alcanzó a vislumbrar al Borges conocido, cuya marginalidad consiste en la lucidez con la que siempre se deslindó elegantemente de los asedios de esta «era bajamente romántica».

Los compiladores cordialmente intertextuales de estos textos los clasifican como «ensayos y reseñas», y con ello justifican, seguramente de modo involuntario, el adjetivo sonoramente poético del título. Los textos son cautivos, porque ellos los encarcelaron en la celda estrecha de conceptos rutinarios como «ensayos y reseñas», y no se percataron o no pudieron percatarse de que el ensayo en Borges lleva al límite la libertad de este nuevo género hasta el punto de que disuelve las determinaciones del género en cuanto lo «narrativiza» y que precisamente las llamadas «reseñas» se

apartan radicalmente de las dos formas conocidas de este ejercicio: del hispánico, que suele ser en su mayoría una enumeración cordial de lugares comunes y que concluye en una condenación o en una apología; y del europeo, que resume a grandes rasgos el contenido de la obra, pone de relieve sus tesis principales, las fundamenta o refuta brevemente y concluye con una recomendación o un rechazo.

Los *Textos cautivos* son en realidad un cuestionamiento del «ensayo» y de la «reseña» con los medios del ensayo y de la reseña. En los años en los que Borges colaboró en la revista, ésta inauguró, al parecer, una nueva sección titulada «biografía sintética». Pero lo mismo que ocurrió con el ensayo y la reseña, la mayoría de las que publicó Borges se sirve del modelo propuesto para transformarlo dentro del marco del modelo mismo. Pues la «síntesis» no es un resumen cronológico-biográfico de la biografía del autor, sino una selección de datos, cuya subjetividad se convierte en el apoyo de una interpretación, que a su vez da un sentido más preciso y profundo al concepto de «biografía sintética». Para un lector de aquellos años, en los que la figura de Benedetto Croce no sólo era mundialmente conocida sino especialmente influyente en el mundo de lengua española y, en particular, en la Argentina, debió resultar al menos sorprendente o irreverente e irónica la «biografía sintética» con la que Borges presentó al filósofo, historiador, hispanista, político y padre involuntario del fascismo, del marxismo y del liberalismo italianos: Benedetto Croce. Borges menciona algunos de sus libros, no los más importantes, con excepción de la *Estética* y de una parte, *Lógica*, de su *Teoría del espíritu*. No menciona su libro más ambicioso, *Lo vivo y lo muerto de la filosofía de Hegel*, pero alude a la pretensión de verdad absoluta del sistema que Croce heredó de Hegel y que potenció precisamente en este libro. «En 1899 advirtió —informa Borges a las lectoras y lectores de la revista sobre Croce— con una especie de temor parecido a ratos al pánico y a ratos a la felicidad, que los problemas metafísicos estaban organizándose en él, y que la solución —o una solución— era casi inminente. Dejó entonces de leer, dedicó sus mañanas y sus noches a la vigilia, y caminó por la ciudad sin ver nada, callado y atisbándose. Había cumplido treinta y tres años: la edad, según los cabalistas, del primer hombre cuando lo formaron del barro» (*Textos cautivos*, pág. 50 y ss.). La solución «casi inminente» de los «problemas metafísicos» que «estaban organizándose en él» no es otra cosa que una voluntad de sistema absoluto, cuya fuente fue, como creyeron el idealismo alemán y Hegel, la convicción de un comienzo radical en el que el hombre, en un estado intelectual adamítico, o, para decirlo con las palabras de Borges, esto es el «del primer hombre cuando lo formaron del barro», filosofa como Dios. Pero esta voluntad de sistema absoluto de la verdad engendra pánico y placer, que en Croce surgió, según Borges, de una circunstancia biográfica y geológica, es decir, de un ademán del «inconcebible universo»: de un terremoto. En 1883, informa Borges, «un terremoto que duró noventa segundos conmovió el sur de Italia. En ese terremoto perecieron sus padres y sus hermanos, y él mismo (Croce) quedó enterrado entre los escombros... Para eludir una

total desesperación, resolvió pensar en el Universo: procedimiento general de los desdichados, y a veces bálsamo» (*Op. cit.*, pág. 50).

El terremoto empujó a Croce a encontrarse con su destino de filósofo, a obedecer a «un momento» en el que «consta... cualquier vida humana, por intrincada y populosa que sea»: «el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es...» (*Otras inquisiciones*, Buenos Aires, 1952, pág. 42). Ese momento del que surge en Croce su voluntad de sistema absoluto constituye de manera concomitante la «síntesis» de su biografía. No todas las «biografías sintéticas» son o pueden ser como la de Croce, pero la diferencia en el grado de densidad y de intensidad no depende de la mayor o menor densidad de la biografía del respectivo autor, sino de la mayor o menor proximidad al mundo intelectual de Borges. Esta subjetividad no es arbitrariedad egoísta, ni sólo la condición necesaria de toda comprensión interpretativa, sino una forma del diálogo que sustituye al juicio crítico y en el que la interpretación es interpretación del propio quehacer o, si se quiere, un monólogo con frecuencia irónicamente reflexivo sobre su pasión. Cuando, para seguir con el ejemplo de la «biografía sintética» de Croce, Borges informa a las lectoras que «para eludir una total desesperación, resolvió pensar en el Universo: procedimiento general de los desdichados, y a veces bálsamo», no hace otra cosa en el fondo que suponer plausiblemente en Croce como motivo de su vocación lo que él considera como filosofía que a su vez es, autoirónica y autobiográficamente, «procedimiento... de los desdichados, y a veces bálsamo». El diálogo es con una persona que es igualmente espejo. No sólo por la brevedad densa y selectiva, sino por la ironía y autoironía, muchas de las «biografías sintéticas» se diferencian de un tipo de crítica literaria que creó Friedrich Schlegel, esto es, la «Característica». Era sintética en el sentido de que seleccionaba los rasgos más relevantes, característicos, del autor y los interpretaba de tal manera que la «Característica» resultaba un «autorretrato», una suplantación del autor por el crítico. No era, como en las «biografías sintéticas», un otro Yo especular, sino un pretexto del Yo, una laguna cuya superficie había sido ocupada totalmente por la figura de Narciso. Esta transformación del modelo tradicional de «biografía sintética» no obedece a un propósito profesional de un crítico literario que percibe la necesidad de ampliar y reformar una praxis que se ha vuelto estrecha. Cuando Borges recupera, en la citada «biografía sintética» de Croce, los significados precisos e intensos de biografía y síntesis, que exige, por lo demás, esa combinación de sustantivo y adjetivo, no recurre a la etimología ni revisa y cuestiona de manera científica el alcance de esos dos conceptos. Borges desentierra, por así decir, significados latentes y no percibidos ni percibibles en general por las nociones críticas al uso. La «biografía sintética» concebida como la indicación del momento único en el que «el hombre sabe para siempre quién es», ya no es «biografía sintética», sino invención en el sentido de hallazgo de secretos a voces, que sólo el poeta sabe revelar y hacer conscientes, rescatar de su secreto. El poeta de Borges, empero, no «poetizó» los usos de la crítica literaria habitual en el sentido florido que tiene la palabra en los países y letras de lengua española. La recuperación

de los significados precisos, latentes y no hallados o pasados por alto no es posibilidad exclusiva de la poesía, sino puede ser punto de partida de la sátira y de la ironía. En la *Genealogía de los modorros* (1597) de Quevedo o el *Diccionario de lugares comunes* (parte del material pasó a *Bouvard et Pécuchet*, 1881) de Flaubert los «modorros» y los «lugares comunes» son significados imprecisos que han ocultado, trivializado y sofocado las significaciones precisas y latentes, de modo que su desenmascaramiento equivale a una recuperación o la invitación de una recuperación, que se diferencia del de la poesía en que la de ésta es recuperación nominadora e inventivamente creativa. El desenmascaramiento de la recuperación satírica o irónica, que es una acción negativamente creativa fue elevado a arte pleno por Karl Kraus, cuya sátira del lenguaje consiste en sacar las consecuencias de lo que dice un texto impreciso y trivial, es decir, de tomarle la palabra o tomarlo literalmente, de modo que es el texto mismo el que se desenmascara. Una solicitud de elogio a una causa o a un gobierno políticos hecha a modo de encuesta periodística no requiere comentario de tipo quevediano o flaubertiano. Basta con leerla exactamente y reproducirla como cita de acuerdo con la lectura exacta, para que la solicitud misma ponga de presente su necia vacuidad. Pues si una causa o gobierno políticos sugieren que los elogien es porque no merecen el elogio y porque sus rendimientos son tan pobres, que solicitar su elogio equivale a conceder que son pobres, por lo cual la solicitud es superflua o se vuelve contra su propósito y pretensión (así, por ejemplo, hizo Karl Kraus que una encuesta de los diarios *Iswestija* y *Krassnaja Niva* sobre «Los efectos y consecuencias de la Revolución rusa para la cultura mundial» se desenmascarara a sí misma. El texto modelo de la «sátira del lenguaje» es accesible en Karl Kraus, *Auswahl aus dem Werk*, (Munich, 1957, pág. 211). A la lectura de Kraus prefirió Borges, sin duda alguna por casualidad, la de Fritz Mauthner, especialmente su heterodoxo *Diccionario de filosofía* (1910-1911), como él mismo lo recuerda, que es posterior a su entonces influyente obra *Contribuciones a una crítica del lenguaje* (1901-1902). Los cazadores de fuentes podrían suponer que la crítica del lenguaje, ejemplificada en el español, que hizo Borges en *El idioma de los argentinos* (1928), podría haber sido suscitada por los sedimentos de las *Contribuciones...* que Mauthner incorporó a su *Diccionario*. Tal trabajo detectivesco tendría que ser complementado y corregido con la comprobación de que especialmente desde Nietzsche, Mallarmé, el expresionismo alemán, el dadaísmo, con la excepción del clamoroso surrealismo, la poesía está acosada por la suscitadora acusación —o autoacusación del poeta Nietzsche— de que «Los poetas mienten demasiado» (*Also sprach Zarathustra*, 1883-85, ed. Colli-Montinari, t. 4 de la ed. crítica de estudio, Munich-Berlín-New York, 1980, pág. 163), es decir, por la exigencia de la clarificación de sus relaciones con la verdad. Pero, ¿qué verdad? Si la filosofía había perdido su rumbo y Husserl inició su transformación radical con la frase «a las cosas mismas» y Rilke en sus *Cuadernos de Malte* (1910) y en sus *Nuevos poemas* (1907) resalta la «personalidad» de las cosas hasta el punto de considerar impropio que se las llame *mías*, no es entonces la verdad lo que se busca, sino la realidad o la «reali-